

ANTONIO LÓPEZ EIRE. EL PREMATURO MAGISTERIO
DE SU CONVERSACIÓN

José Antonio Pascual

En ese armario de nuestra vida cuya sombra aumenta según nos acercamos a su fondo, percibo aún con una relativa claridad el momento y el lugar concreto en que conocí a Antonio, aunque ya no logre precisar algunos detalles: fue hacia la primavera de 1959 —aunque no descarto que esto hubiera ocurrido un año antes— y sucedió en la planta baja de una casa que quizá estaba en la calle de Valencia, cerca del Mercado de San Juan; aunque no lo puedo asegurar. Daba allí clases particulares una profesora, que promediaba a partes iguales su gran vocación por la enseñanza con unos profundos conocimientos del latín y griego. Lograba con ello que unos pocos alumnos tomáramos la traducción de los textos griegos y latinos como si de un entretenido crucigrama se tratase. La profesora se llamaba Carmen, doña Carmen para nosotros —y he de decir que me preocupa no recordar ahora su apellido, tratándose de alguien con quien mantuve una gran amistad y cuyo afecto no he olvidado—. A esa clase de *paso* caí yo un día, hacia las siete y media de la tarde, finalizada la jornada del colegio, y allí me encontré a Antonio López Eire. ¡No logro aún saber por qué! ¿Estaba para ayudarnos a quienes queríamos mejorar nuestros conocimientos, sin que lo notáramos? Pues difícilmente iba a mejorar en esta clase los suyos quien inevitablemente respondía a lo que le preguntaban sin equivocarse y con absoluta naturalidad.

Fuera de la clase, Antonio hablaba de cualquier asunto con esa misma naturalidad y con una falta total de prepotencia, se tratara de Aristóteles, de Teófilo de Gautier o de un libro cuya lectura me tenía deslumbrado y que mi amigo lo había leído ya, *Dioses, tumbas y sabios*. Fue una sorpresa conocer a alguien tan joven —estudiaba un curso menos que yo— capaz de adentrarse por el mundo de las ideas engarzando en la rigurosa trama de la argumentación la calidad y cantidad de tantísimos datos. Y lo increíble es que un chaval un año más joven que yo llegara a incitarme entonces, sin pretenderlo, a cruzar el umbral de la Universidad por la puerta de la Filología, cuando mis profesores del bachillerato, también sin pretenderlo, me habían disuadido de hacerlo. Este helenista en ciernes no hacía sino continuar la labor que otro helenista, José Pérez Riesco, había emprendido conmigo, tratando de poner un dique de contención a la barbárica enseñanza que me habían infligido en mi bachillerato.

El hecho es que me atreví a estudiar Filología y con aquella elección cambiaron mucho las cosas para mí, como saben bien mis amigos: frente a un bachillerato incoloro —me consta que en el caso de otras personas ocurrió lo contrario—, tuve unos profesores en la Universidad que me descubrieron el placer de la Filología. Pero lo que había olvidado y se me ha venido ahora a las mientes, al tratar de llegar por medio de mis recuerdos hasta el momento en que conocí a Antonio, es que él tuvo que ver muchísimo con ese buen paso. Andaba yo, en esas vísperas de entrar en la Universidad, con la sensación de quien está a punto de adquirir la libertad condicional, desconfiando de que fuera de los muros del colegio hubiera una forma de entender la Literatura en la que Baroja no fuera un tuberculoso que insultaba al Sagrado Corazón de Jesús, ni Unamuno un hereje, y que existieran en la realidad de sus obras Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. Si me atreví a pensar que la Universidad podía no ser una prolongación de aquel pensamiento que, por decirlo sin acritud, vamos a llamar *kitch*,

fue porque Antonio, que tenía información privilegiada en eso y en casi todo, me hizo entender que había motivos fundados para la esperanza.

Aunque quizá su más importante enseñanza, también sin pretenderlo, fuera mostrarme que en el teatro de la vida debe uno aceptar papeles secundarios, pues, al conocerlo, me di cuenta de que me faltaban los talentos que han de tener los elegidos por los dioses para que representen los papeles protagonistas. Los talentos que precisamente le sobraban a Antonio. Pude aprender después de él que esos elegidos son capaces hasta de desentenderse de lo accidental, en forma del mayor o menor aprecio que los demás tengan por su labor. ¿Qué importa, cuando esas personas —ese era su caso— han vivido para hacer, no para aparentar?

Me cuesta dar con las palabras necesarias para expresarle esta desazón al amigo desaparecido, por lo que he de acudir en mi auxilio a unos versos —de *Islas a la deriva*— de uno de mis poetas favoritos, José Emilio Pacheco:

No importa que la flecha no alcance el blanco.
Mejor así.
No capturar ninguna presa,
no hacerle daño a nadie,
pues lo importante
es el vuelo, la trayectoria, el impulso,
el tramo de aire recorrido en su ascenso,
la oscuridad que desaloja al clavarse,
vibrante,
en la extensión de la nada.

Lo importante ha sido el impulso de que dotaste, Antonio, a tus acciones, ciertamente; pero ello no me permite olvidar —hora es de recordarlo— que muchos dimos por buena la sencillez de quien se conformaba con que sus flechas alcanzaran los blancos más importantes: los de tus afectos y los de tus afanes científicos. Debíamos haber puesto más cuidado tus amigos en que el tino certero con el que dirigías tus flechas hubieran llegado a otros blancos mundanos menos importantes, pero no por ello menos merecidos.